

entonces cuando, de la mano de Andrade, aparece este último espacio de la inmensidad que le restaba por descubrir al Occidente renacentista. En su primera carta al provincial, el Padre André Palmeiro (8 de noviembre de 1624), describe así su primer contacto con los gigantes del Himalaya: «Son ellas [las sierras] las más abruptas y altas, que parece pueda haber en el mundo, y bien lejos estoy de poder declarar a Vuestra Reverencia la dificultad con la que por ellas subimos. Basta saber que después de andar dos días de la mañana a la noche, no acabamos de pasar una, cortando por los más altos picos y, en ellos, por camino tan estrecho que muchas veces no era más ancho que cuando cabe un solo pie, andando buenos pedazos así, pie ante pie, agarrados con las manos, para no resbalar, ya que si errábamos al poner el pie bien derecho, nos hacíamos pedazos por los aires. Son en su mayor parte aquellas sierras talladas a pico [...], corriéndoles allí al fondo como en un abismo el río Ganges, que por ser muy caudaloso y despeñarse con notable estruendo por grandes precipicios entre sierras tan juntas, aumenta con su eco el pavor que la estrechez del camino causa al que va pasando. Tienen los descensos más dificultosos y peligrosos, pues el hombre carece de muchos remedios para poder agarrarse con las manos como en el ascenso, y así es necesario descender en muchas partes, como el que descende por una escalera de mano, dando la espalda al camino que va haciendo<sup>22</sup>».

Sin embargo, este primer contacto sólo es el principio del sufrimiento de Andrade en su viaje al Tíbet. El jesuita está a las puertas del reino más alto del mundo, preparado para cruzar el paso de Mana y entrar así en la tierra que él llama Prometida, pero intuye peligro y, aunque sea la época menos adecuada del año, resuelve intentar el camino con dos jóvenes misioneros y un guía del lugar que pronto los abandonará. Andrade entra de esta manera en el infierno de hielo: «[...] el trabajo que pasamos fue muy excesivo, porque nos ocurría muchas veces quedar clavados en la nieve, hasta los hombros, hasta el pecho, de ordinario hasta las rodillas, luchando por salir a la superficie, más de lo que se pueda creer [...]. Muchas veces nos era necesario ir por encima de la nieve con el cuerpo, como quien va nadando, porque de esta manera no nos clavábamos tanto en ella. Así fuimos continuando, durmiendo las noches sobre la misma nieve, sin más abrigo que echando uno de los cambolins [palabra konkaní: abrigo-manta] sobre ella y cubriéndonos los tres con los otros dos. [...] sentíamos la nieve que

<sup>22</sup> *Antonio de Andrade*, Novo descobrimento do gram Cataio ou reinos do Tibete, pelo Padre António de Andrade, da Companhia de Jesus, português, no ano de 1624. En: *Hugues Didier*, Op. cit., p. 76-79.

comenzaba a caer, desde las cuatro de la tarde en adelante, casi toda la noche, tan menuda y espesa, que no nos dejaba vernos, estando juntos, acompañada de un viento tirante y sobremanera frío [...]. En los pies, manos y rostro, no teníamos sentimiento, porque con el rigor en demasía del frío, quedábamos totalmente sin sentido. Me sucedió que al pegarme contra no sé qué me cayó un buen pedazo de dedo, sin yo dar fe de eso, ni sentir herida, si no fuera por la mucha sangre que de ella corría. Los pies se fueron pudriendo de manera, que de muy hinchados, nos los quemaban después con brasas vivas, y hierros candentes, y con muy poco sentimiento nuestro<sup>23</sup>».

En esta dramática situación los jesuitas consiguieron llegar a lo alto del paso de Mana, pero desde allí lo único que vieron fue un desierto blanco e infinito que se perdía en la inmensidad. Sin camino, sin posibilidad de orientación y ante el terrible estado físico en el que se encontraban –congelados, ciegos, deshidratados–, Andrade decidió deshacer lo andado; no obstante, es capaz de anotar en su carta al provincial que nunca se había sentido con tanto aliento y fuerzas para perseverar en su ofuscada búsqueda de indicios de cristianismo. Hasta ahí llega su tenacidad aunque también la obcecación de su fanatismo religioso. Por eso no es sorprendente que António de Andrade busque elementos de unión entre las costumbres religiosas budistas y las cristianas al describir las gentes del Tíbet: «Los lamas son sus sacerdotes, muchos y en gran número. Unos viven en comunidad como nuestros religiosos, otros en sus casas particulares, como los clérigos entre nosotros. Todos, no obstante, profesan pobreza y viven de limosnas. Es gente de muy buen vivir, no se casan, ocupan la mayor parte del día en rezar, por lo menos lo hacen por las mañanas, por espacio de dos horas, y por la tarde otro tanto. Cantan a nuestro modo suavemente, como el canto llano entre nosotros. [...] Parece gente muy mansa y, hasta entre los seculares se oirá raramente una palabra malsonante. Tienen casas de oración como nuestras iglesias, muy limpias y con techos y paredes pintados; [...] las imágenes son de oro; [...] [una de ellas] representaba a una mujer que ellos dicen ser la Madre de Dios; y así reconocen el misterio de la Encarnación, diciendo que el Hijo de Dios se hizo hombre; tienen también el misterio de la Santísima Trinidad, muy distinto, y dicen que Dios es Trino y Uno. Hacen uso de la confesión [...]. Tienen cálices de agua bendita [...]. Usan ciertos lavatorios que parecen representar el sacramento bautismo<sup>24</sup>».

<sup>23</sup> António de Andrade, Op. cit., p. 86.

<sup>24</sup> António de Andrade, Op. cit., p. 98-99.

De alguna manera, y por diversos intereses, Andrade se esfuerza en avivar la antigua creencia occidental de la existencia de un exótico espejo cristiano más allá del mundo infiel y en sus cartas aparecerá reiteradamente cualquier atisbo de coincidencia entre las creencias búdicas y las cristianas. En el fondo, ante los ojos occidentales, António de Andrade construyó el retrato de una especie de religión ecléctica –como pocos años antes había hecho el emperador mogol Akbar– al mezclar realidades rituales budistas y principios teológicos cristianos para, también como hizo Akbar con sus súbditos, conseguir convencer a los superiores de la Compañía de que su empresa misionera iba a ser indudablemente exitosa. A principios del siglo XVII, más que encontrar cristiandades, había que crearlas y el último reducto susceptible de ser cristianizado era el Techo del Mundo; por ese motivo Andrade –estimulado por noticias anteriores y desconocedor, al principio, del contenido teológico de la religión encontrada– se esfuerza en establecer vínculos para facilitarse mentalmente (quizás tanto a sí mismo como a los receptores de sus misivas) el afianzamiento de la nueva fe de la que él era portador. Así, describirá a los tibetanos como practicantes de un cierto rito cristiano corrompido que debe enderezar, aunque en ningún momento llegue a afirmar que el lamaísmo pueda tener sus orígenes en su propia religión. Quizás lo que buscaba Andrade en este último espacio descubierto por la mirada occidental era recuperar un mito, de ahí su empeño en unir, en una geografía aislada e incógnita y entre una cultura que no se esforzó por comprender –aunque sí describió y también desautorizó arrogantemente en el más genuino estilo de la oratoria barroca–, dos universos religiosos muy distintos.

Sin embargo, así como, cuarenta años antes, Antoni de Montserrat rápidamente notó, y confesó con franqueza, la poca predisposición del emperador Akbar hacia su posible conversión al cristianismo a pesar de su actitud abierta y receptiva, tampoco António de Andrade puede impedir –bajo esa seguridad que inunda sus páginas y que busca convencer al lector de la inmediata asimilación de sus enseñanzas entre las gentes tibetanas a pesar de los serios problemas lingüísticos que tuvo– que se advierta la fragilidad de su labor misionera en el espacio más alto del mundo habitado por el hombre. De alguna manera, instrumentalizó la nueva religión encontrada en beneficio propio con el fin de conseguir el apoyo necesario para su proyecto, sin advertir que, en el fondo, él mismo y sus misioneros acabaron siendo el instrumento desestabilizador de la compleja estructura político-religiosa tibetana. El 12 de abril de 1626 se colocaba la primera piedra de la iglesia de Nossa Senhora da Esperança, en Tsaparang, y cuatro años después Andrade regresaba a Goa dejando allí misioneros encargados de mantener y expandir el mensaje cristiano; en ese mismo año empezó una

revuelta de los lamas de la región de Gu-ge y el rey de Ladakh se apoderó del reino. La mayoría de los cristianos convertidos fueron hechos prisioneros y se mantuvo a los padres en un régimen de semicautiverio. Sin embargo, no abandonaron definitivamente la misión de las cumbres tibetanas hasta cinco años después; pero en 1640 llegó desde Roma la orden de reabrir la misión de Tsaparang y hacia allí partieron los jesuitas Manuel Marques y Stanislao Malpichi. En el paso de Mana, allí donde António de Andrade descubrió la magnitud y fortaleza del Himalaya, Marques fue capturado y encarcelado en la prisión de Tsaparang donde murió en fecha desconocida<sup>25</sup>. Las cartas del jesuita portugués fueron las últimas noticias que Occidente recibió del Tíbet hasta que, bien entrado el siglo XVIII, se volvió a establecer allí una misión. Se cerraba para el mundo cristiano durante un largo período el último espacio de la inmensidad que el viaje renacentista iniciado a principios del siglo XV había alcanzado; no desaparecía, no obstante, la leyenda de la existencia de un mítico lugar enigmático e inaccesible.

<sup>25</sup> *Hugues Didier*, Op. cit., pp. 249-253.